

## ¿Qué pinta tenía Santa María de niña?

Todo era azul. El cielo nublado tenía un color gris azulenco oscurísimo con una mancha amarillenta —el Sol entre las nubes cansado de alumbrar ya— y el mar un azul de verdad con espuma blanca vibrando en algunos momentos. El aire también era azul. Un tono azulado bastante extraordinario: transparente. A lo lejos, hacia el horizonte se veía tres puntitos negros muy pequeños, casi invisibles que parecían nada más que un error cometido por la naturaleza al crear el Océano Atlántico, un defecto o rostro de suciedad.

¿Un barco? ¿Estás seguro? ¿No? ¿Tres barcos? ¿Cómo? ¿Dos carabelas y un nao? Interesante. Datamos 1492, desde hace más de medio año vivimos en la Edad Moderna y tres naves están atravesando la nada. La nada azul si queremos ser más concretos.

Ahora vamos a coger una lupa, una de estas grandes y mágicas —invisibles naturalmente— que sólo existen en los cuentos de hadas (pero que nadie confunda esta narración con un relato para niños) y nos acercamos a los barcos.

\*\*\*

—¿Qué te pasa chaval? ¿Otra vez las pulgas? —Un hombre de treinta y picos años, moreno, con la nariz puntiaguda se asomó a la barandilla para contemplar las olas mientras hablaba a su compañero, un adolescente rubio con unos ojos rasgados muy bellos que estaba bastante inquieto.

—No sé —respondió ése— pero algo sí que me pica. —El marinero joven con un gesto furioso intentó pillar los parásitos que le torturaban que fue seguido de movimientos vehementes.

—Por allí, por allí. Venga, Ñoñez, rápido. ¡Date prisa, que te va a atrapar! —La pulga llamada Ñoñez se apuró un poco más y con un salto enorme logró escapar de los dedos gruesos que la perseguían y se escondió detrás de un pelo.

—¿Chaveta? ¿Dónde estás Chaveta?

—Aquí al lado —llegó la respuesta bastante seca.— ¿Estás bien? —quiso ser más amable.

—Yo sí. ¿Y tú?

—Bueno, la verdad es que no. Ya estoy harta de huirnos siempre de unas uñas monstruosas. He decidido ir a las Indias en busca de una vida mejor, no para tener más aventuras. —Se quedó pensativa un minuto con una expresión ridícula en la cara. —Sabes como van estas cosas. A mi edad ya —aquí expresó su melancolía con un suspiro demasiado teatral— me bastaría con menos riesgos para no aburrirme. —Miró a Ñoñez para ver si sus palabras, esas muletías que había elegido con tanto cuidado, tenían efecto. Pero él no parecía muy interesado en los pensamientos más profundos de su amiga.

—La tripulación, quiero decir los hombres —se corrigió Ñoñez— también están descontentos. —Lo dijo en un tono neutral pero en realidad estaba orgulloso de poder transmitir una noticia con tanto peso. Se sentía importante.

—Claro —dijo Chaveta pero se le notaba que estaba ocupada con sus propias quejas.— Nos partimos de España hace meses, años, décadas, siglos, una eternidad... y todo sigue igual, estancado.

—No exageres.

—Bueno, pero de todos modos llevamos mucho tiempo metidos en este barco.

—Sin duda. Y ¿qué tienes contra ello?

—Mira, al principio guay, todo era una pasada pero ya basta. Estoy hasta las narices, ¿entiendes? Hasta las narices.

—Pero si ni siquiera tienes nariz.

—Es un dicho. Pero no importa. Tenemos que hacer algo, no soy capaz de soportar más. Estamos aquí encerrados como en una prisión y yo que pertenezco a una especie terrestre, además muy sensible, sufro náuseas en alta mar. Necesito un cambio.

—Vamos a dar un paseo a ver si se nos ocurre una solución —propuso Ñoñez. Y para sí mismo añadió— a ver si te callas de una vez.

Así lo hicieron. Empezaron marcha hacia el brazo derecho, pasando por el pecho, sumidos los dos en sus propios pensamientos. Guardaron silencio durante largo rato. Eran conscientes de que como estaban rodeados de agua no podían salir del barco y no les quedaba otro remedio que esperar hasta el fin del viaje. Pasaron varios minutos sin haber ocurrido nada que valga la pena mencionar cuando llegaron a... a algo que no se sabía muy bien qué era. Tenía aspecto de ser un dibujo o un tatuaje quizás, de color indefinible entre el negro y el marrón oscuro. Las pulgas se quedaron de piedra boquiabiertos ante el espectáculo. Jamás habían visto nada parecido.

—¿Qué será esto? —susurro Ñoñez un poco asustado.

—No "qué" sino quién, querido —lo corrigió Chaveta irónico para disimular su temor. Reaccionó fingiendo que estaba segura de sí misma pero le resultó imposible ocultar la voz un poco temblorosa aún.

—¿Quieres decir que se trata de un ser vivo? —preguntó Ñoñez cada vez más intranquilo y dio un paso hacia atrás.

—Es un retrato —improvisó—, un retrato de Santa María.

—¿Un retrato de Santa María? —ahora ya se estaba riendo a carcajadas.— ¿Me tomas por imbécil? Ya he visto un montón de retratos de Santa María y te juro que ninguno se parecía a esa mancha que tenemos aquí delante.

—Porque es de cuando era una niña —explicó Chaveta y luego levemente ofendida añadió— ya veo que no te fías de mí, pues acércate y obsérvalo con más detalles.

Como a Ñoñez no le apetecía confesar que no se atrevía, se aproximó a Santa María aunque no con muchas ganas.

—¿Qué tienes en el brazo, marinero? —se oyó la voz severa del capitán dando un buen susto al muchacho a quién dirigió la pregunta.

—Nada, señor —respondió lo más humilde posible.— Nada en absoluto.

—¿Cómo que nada? Estás sucio. Ya me imagino cuándo te habrás lavado por última vez. Vete ahora mismo a ducharte y quítate esas moratones negras. Además hueles mal. Hasta que yo mande aquí solamente el olor a alcohol será aceptado.

—Sí, señor. Ahora voy. —Sólo después de alejarse a una distancia considerable salió por su boca lo que realmente opinaba.

—Uy, ¿qué pasa aquí? ¡Vaya por Dios! El retrato de Santa María desapareció. ¡Chaveta, Chaveta!

—Sal de aquí disparao si no quieres mojarte tío, eso es mi consejo.

—Pero si ya hay agua por todas partes. ¡Chaveta, ése se está duchando! Por Dios ¿cómo se le ha ocurrido esa barbaridad? Que nos va a matar. ¡Chaveta, Chaveta!